

CONCEPCIÓN VALVERDE, *EL ÚLTIMO FADO*, CÓRDOBA, ALMUZARA, 2018, 238 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

La escritora granadina Concepción Valverde se dio a conocer como novelista con *La Biblioteca Fajardo*, obra editada por la editorial cordobesa Almuzara, que también ha publicado su segunda incursión narrativa, *El último fado*. A este sello andaluz se debe, por tanto, haber apostado por una autora novel y hasta hace bien poco desconocida en el género de la novela, apoyando sus dos primeros pasos en este campo.

En la solapa de este libro se indica que este nuevo relato se inscribe «en una línea bien distinta» del anterior, lo cual podrá comprobar todo aquel que lea y compare ambas creaciones novelescas. Quien lo haga así advertirá que, en efecto, se trata de un par de relatos que presentan muchas diferencias. Entre las varias en que pudiera fijarme, señalo el distinto marco contextual (cronológico, histórico, geográ-

fico) en el que se sitúan y desenvuelven los respectivos argumentos.

La Biblioteca Fajardo se ambientó en la España siglodorista peninsular, así como en la ampliada al Nuevo Mundo americano, lo que supuso a Concha Valverde un gran esfuerzo documentarse de manera pertinente para recrear dicha época desde todas las vertientes concernidas en ella. Lo que se narra en *El último fado* acontece en el siglo xx, y en los lustros de posguerra. También en este relato ha sido necesaria, es obvio, una recreación ambiental, pero no tan copiosa, y sin las exigencias de detalle histórico-social costumbrista del relato precedente. En este punto la novela se aproxima al concepto que del género tuvo Miguel de Unamuno, pues no se pone énfasis en lo circundante a la trama, sino en el ámbito doméstico sobretodo, de modo que los escenarios rurales y urbanos apenas se determinan y concretizan, aun

cuando se localizan en gran medida las acciones en un lugar provinciano y regional llamado Salvatierra.

Otro distingo entre las dos obras sería que en *La Biblioteca Fajardo* el universo del libro resulta fundamental, como se presagia desde el título mismo de la novela, siendo un factor clave en su trama. También los libros son importantes en *El último fado*, aunque su funcionalidad aquí no resulta tan determinante, sino que las lecturas constituyen una suerte de refugio psicológico para la protagonista en distintas ocasiones en las que se ve sobrepasada por los acontecimientos. Difieren asimismo ese par de relatos en que en el primero los hechos históricos se involucran en el tejido textual, mientras en el segundo son irrelevantes, dado que el enfoque básico se centra, como decíamos, en la esfera de una familia de exterratenientes venida muy a menos.

La Biblioteca Fajardo es obra cuya adscripción al subgénero de la novela histórica no ofrece la más mínima duda. En cambio, no parece tan sencillo tipificar *El último fado*, porque este relato puede caracterizarse de distinta manera según se considere que tengan más peso significativo unos ingredientes que otros. Así pues, un manojito de caracterizaciones puede aducirse a un tiempo para perfilar el libro. Pudiera decirse que estamos ante una novela psicológica, y sería muy plausible llamarla así, porque hay en ella continuados movimientos emocionales, así como idas y venidas síquicas. También pudiera decirse que es de índole criminal, en cuyo

caso pertenecería al grupo de las que la crítica sajona conoce como *femicrime*, por comportar un crimen en el que una mujer es la autora de un homicidio de los que se califican como de primer grado.

Asimismo, son notables los elementos de intriga y aún detectivescos, policíacos de esta novela, en la que una mujer ha sido engañada sobre su origen y sobre la desaparición de su supuesta tía, y va descubriendo poco a poco que le habían creado una identidad falsa, ocultándosela hasta donde les fue posible a quienes se la construyeron. *El último fado* igualmente admite ser considerada metanovela en virtud de sus factores metanovelescos, derivados de que el personaje femenino que la narra se refiere a la narración misma como tal, y a cómo se gestó, recordándonos la génesis del *Lazarillo de Tormes* en el hecho de que en la novela renacentista lo que se cuenta deriva de la petición de contar un «caso» extraordinario. De manera semejante se pide a la protagonista que dé cuenta del propio caso suyo, más divulgado que el de Lázaro, muy comentado, muy rumoreado en su tiempo por motivos bien distintos. Y todavía cabe la tipificación de novela onírica por las transcripciones diversas de las pesadillas y desvaríos que afectan al personaje principal.

El último fado lo protagoniza Amalia, persona curiosa, imaginativa y fabuladora cuyo nombre es el mismo que el de una mujer que habría sido su tía, según le contaban. En el entorno familiar donde crece, controlado por su tía Celia, nunca se le habló con claridad sobre cómo pudo

haber desaparecido en un río cercano, incluso muerto, esa otra Amalia enigmática, ni tampoco acerca de quiénes fueron sus padres. Sin embargo, al cumplir dieciséis años encuentra un diario que ofrece datos que desconoce, y que le permitirán ir descubriendo lo que ignoraba sobre su propia vida y la de sus progenitores. Al ir enterándose de su verdadera historia, va quedando consternada. Hasta aquí llega, en un muy apretado resumen, lo narrado en la parte primera de la obra, el Cuaderno azul.

Con un cambio inesperado, por lo súbito, de perspectiva, se encuentra el lector nada más iniciarse la parte segunda de la novela, el llamado Cuaderno rojo, que comienza situando a Amalia, como reclusa, en una cárcel. Entre rejas, y a petición de un editor, escribe su experiencia: su infancia, sus posteriores estudios, cómo supo de quién era hija, sus trastornos mentales, y el parricidio que cometió, y por el que está presa, habiendo sido condenada a una pena de reclusión mayor de casi diez años. También evoca las vicisitudes traumáticas que por sucesivos distintos había sufrido su madre, que no era sino la Amalia que le hicieron pasar por su tía. Y relata asimismo cómo mató a su propio padre, el malévolo juez Puig, con un abrecartas, en un impulso incontenible en el que se agolparon a su mente tantas situaciones lacerantes, a las que puso broche afrentoso el intento de agresión sexual que iba a hacerle el propio autor de sus días. La novela culmina cuando los dos Cuadernos de que consta, el azul y el rojo,

son entregados al doctor Eduard Binoche, tío suyo por estar casado con su tía Celia, y como ella artífice, y encubridor también, de la falsa historia pergeñada sobre las dos Amalias, la protagonista y su madre.

De este modo se cierra esa ficción novelesca, con la paradoja de que uno de los responsables de la traumática vida de la protagonista resulta ser un cualificado y reconocido profesional de la siquiatria, ejerciendo su labor en el Hospital Leclerc. A él se le llevan a su despacho, el 03, dos informes clínicos de la parricida, así como los dos Cuadernos escritos por ella, y que habrían de servirle de catarsis personal, con independencia de ser publicados. Ambos Cuadernos se ponen a su disposición simplemente porque narran una historia fascinante, sin sospecharse que el prestigioso siquiata no solo está concernido en el asunto, sino que fue cooperador necesario de la deriva que tomó el engaño urdido por Celia, su esposa, y avalado por él, y que acabaría en un parricidio.

Estructurada la novela, como se ha señalado, en las dos partes que la integran, los Cuadernos azul y rojo, la construcción interna de cada uno de ellos se subdivide en capítulos o, si se quiere fragmentos, cuarenta y treinta y ocho respectivamente, añadiéndose al final un texto en forma de carta informativa al doctor Binoche. En la fase postrera de la obra los capítulos se acortan, y en algún supuesto podría hablarse de que se ha plasmado un microrrelato de naturaleza más bien poética, como por ejemplo en el numerado como xxvi. Más amplio es el precedente,

el xxxv, ese sí a mi entender un verdadero poema en prosa, como lo acreditan estos dos párrafos: «Cada vez más fuerte, como el corazón de Poe, llegan a mis oídos los golpecitos que las cuartillas dan contra las paredes del sobre, como queriendo con ello reventarlo.// Cada vez más fuerte, más fuerte, más fuerte, como el corazón de Poe, de día y de noche golpean insistentemente las palabras amotinadas dentro, a la espera de salir y lanzarse contra mis ojos.» (p. 234).

Como apunte último, añadiré que leer y contrapuntear las dos novelas escritas por Concepción Valverde permite advertir que la maestría de la escritora andaluza, en ciernes anticipada en *La biblioteca Fajardo*, se ha convertido ya en un logro

literario indiscutible, por más complejo desde el punto de vista del estilo, de los diálogos, de la singular estructura de la obra, así como del manejo de los tiempos y del sorpresivo clímax novelesco conseguido en la parte segunda, en el titulado Cuaderno rojo.

Novela de árdua y difícil confección, desplegada con gran pericia técnica y valiéndose de un lenguaje muy cuidadoso sin dejar de ser natural, Concepción Valverde resuelve en las páginas de *El último fado*, con singular acierto narrativo, el laberíntico rompecabezas emotivo y psicológico en el que la protagonista vive siempre envuelta, por unas sinrazones u otras. A mí no sólo me ha complacido esta novela, sino que me parece portentosa.